

GRAN CAMPAÑA EDITORIAL DE "MULTITUD" TRIUNFO EN EL GOBIERNO ACUÑACION Y MERCADO LIBRE DEL ORO

MULTITUD

POR LA LIBERTAD DE VICTORIO CODOVILLA

REVISTA DEL PUEBLO Y LA ALTA CULTURA

PABLO DE ROKHA

Capacidad de producción de Chile

Nos hemos propuesto dramatizar el problema económico de la República, a fin de que se intuya y se comprenda que él es el origen y la raíz de la tragedia social de Chile, del hambre y la Quinta Columna.

Y se le estudie, para que se le remedie. Pero, como no queremos que se desvirtúen y se equivoquen, intencionalmente las cosas, reafirmaremos aquí nuestros categóricos puntos de vista: 1.º, el país fué y es explotado, en su tierra y en su pueblo por una casta, ciega, tenaz y feroz de encomenderos y latifundistas reaccionarios, los Grandes Duques, de la Oligarquía, y ellos, únicamente ellos, son los responsables de la miseria chilena; 2.º, en este instante hay que "industrializar el capital nacional, controlado por el Estado", con el objeto de evitar la anarquía capitalista bancario-financiero-especulativa y los intermediarios, según lo dijimos en "Producir", editorial del N.º 48 de "MULTITUD", categóricamente; y 3.º, lo primordial es liquidar la conspiración económica del pro-nacifascismo saboteador, produciendo, es decir, ofreciendo, a mayor demanda mayor oferta, según lo está haciendo la clase obrera.

Ahora vamos, con números y razonamiento, a decir al país qué es el país, desde el gran ángulo de su "capacidad de producción" y de sus riquezas.

Adentro de una gran área territorial, extensa e inmensa de 741.767 kms.2, nos morimos de hambre, deprimidos, anarquizados, desnutridos y tuberculosos, vagabundos y aterrados de existir, la exigua suma, la ínfima, la mínima cantidad de 5.094.495 habitantes, explotados y expoliados al máximo por un insignificante tanto por ciento de la cifra escrita: los "Grandes Duques" y sus sirvientes, "Los Siúuticos".

¿A quiénes se debe tan horrendo crimen?... El capital invertido en la Minería alcanza a \$ 23.000.000.000, con una producción anual de \$ 3.835.740.000, que se obtienen con el trabajo de 60.500 obreros, los que devengan un salario medio de \$ 25.70 diarios, según datos oficiales dados por la Sociedad de Fomento Fabril de la República. El capital invertido en la Agricultura alcanza a \$ 14.000.000.000, con una producción anual de \$ 2.343.267.000 (1940), que se obtienen con el trabajo de 339.692 obreros, (inquilinos o afuerinos), los que devengan un salario medio de \$ 6.15 diarios, según datos oficiales dados por la Sociedad de Fomento Fabril de la República. Insistimos y recalamos el jornal del gañán: \$ 6.15 DIARIOS!

Ahora bien, las industrias, en general, trabajan con \$ 6.829.391.919, producen 5 mil 324 millones 927 mil 686 pesos, y ocupan 109.315 obreros, con un salario medio de \$ 24.98 diarios, según datos oficiales dados por la Sociedad de

Fomento Fabril de la República. ¿Qué se desprende de todo esto? 1.º: La Industria, en general, produce más que la Minería y que la Agricultura, pagando igual salario que la Minería, más o menos, y pagando tres veces más que la Agricultura, pero, con el pero de que suele tomarse la Minería industrializada como un rubro de la Industria, en general, incluyéndola en sus estadísticas; 2.º: La Minería produce con 60.500 obreros, rentados con \$ 25.70 diarios, casi el doble, fijos bien, casi el doble de lo que produce la Agricultura con 339.692 peones, piojentos y tuberculosos, que se mueren de hambre con \$ 6.15 al día.—(\$ 10.00 diarios, con raciones y talajes); 3.º: Es calamitosa, criminal, embustera, la afirmación de los monopolistas y los latifundistas feudal-reaccionarios, en el sentido de que es la sindicalización campesina, consecuencia de la industrialización campesina y del progreso social, la que invalida la producción, ya que la Industria, en general, y la Minería industrializada, ocupan el primer lugar de honor en la "Capacidad de Producción de Chile".

Pero, no sólo habremos y debemos producir materias primas y alimentos, porque materias primas y alimentos estén en el vértice de la verdad nacional de una gran economía estructurada y planificada por el Estado y los trabajadores, sino que debemos producir las materias elaboradas y la manufactura, a fin de dotar a la Minería, la Agricultura, la Pesquería, la Maderería, etc., de maquinarias y elementos de producción nacionales, superando nuestra condición de país industrialmente tributario del extranjero.

La agricultura chilena produce:	
7.842.765	Quintales métricos de Trigo.
703.349	" " de Cebada.
677.054	" " de Avena.
795.512	" " de Frejoles.
(1940-41)	
652.903	" " de Maíz.
4.278.779	" " de Papas.
130.709	" " de Lanas.
814.888	unidades de Cueros.
6.421.572	Kilogramos de Tabaco (1941).
156.845.616	" de Carne (1940).
29.016.805	" de Pescado (1941).
326.700.000	Litros de Vino (1941).
445.200	" de Alcoholes (1940).

A primera vista se percibe la maciza cuota de producción del vino y si no la maciza cuota, la muy regular del trigo, ambos dos productos base y cimiento de la especulación latifundista-monopolista-intermediaria; ahora si consideramos que la falsificación de vinos alcanza, acaso, a un

50 por ciento de la producción, nos explicaremos la saturación vinosa de Chile; pero en estos momentos, no son, tal vez, ni el vino ni el trigo, los productos con los que se enriquecen brutalmente los terratenientes de la Zona Central, que pagan \$ 6.15 diarios a la peonada, sino el cáñamo, el cáñamo de exportación, que alcanzó 15.000 toneladas en 1941, y el cual, opíparamente, llenando los bolsillos de los patrones, deja vacíos los estómagos de los trabajadores chilenos, a los que desprecian los patrones latifundistas, entregados al pro-fascismo criminal y al pro-nacifascismo criminal y mercenario, en conjugación con los espías y los ladrones del Eje. La pesquería es una gran vergüenza monstruosa, aterradora, macabra, en la cual juega su gran papel criminal y horrendo, el monopolio pues, con 4.200 y tantos o cuantos kilómetros de costa y unos miles muy gigantes de leguas fluviales, poblados de una gran fauna marina-fluvial-lacustre, no contamos sino con 5,8 kilos de pescado, por persona, al año.

Según los cálculos más optimistas, nosotros, los chilenos, poseeríamos 38 millones de hectáreas cultivables, de las que cultivaríamos 25 millones 091 mil 493 hectáreas, dejando 13 millones y tantos sin cultivo.

Pero, lo aterrador no es esto de los 13 y tantos millones de hectáreas que no producen, 13 millones de hectáreas vacías, malogradas, baldías por la acción criminal de los latifundistas. Nó. Lo tremendo y horrendo radica en que los 38 millones que se trabajan, tampoco se trabajan científicamente, con cultivos intensivos y dirigidos por la técnica, industrialmente, sino a base de un torpe sistema de explotación feudal-colonial, en el que el más explotado es el trabajador agrícola. Y esto sucede porque el latifundista odia al pueblo y a la organización democrática, porque el latifundista se opone a la industrialización, porque se opone a la sindicalización, con un criterio de negro, porque el latifundista es un enemigo de Chile.

En Chile existen 5.564.032 hectáreas arables. 1.212.997, de riego y 3.697.768, de rulo; hay 187.264 predios, haciendas, fundos, avaluados en \$ 6.324.965.423; son trabajados por 30 mil 398 empleados, 107.906 inquilinos y 201.168 "afuerinos", —peones y gañanes—, con un salario medio de \$ 10.00 o de \$ 10.50 diarios, incluyendo jornal, talaje, ración en tierras, habitación, alimentación, etc.

Y bien, con esta gran máquina feroz, montada en los albores de la Independencia, por los traidores que firmaron, contra la Patria, el Acta de adhesión a Fernando VII, el país obtiene la ínfima suma, (en relación con el volumen de sus explotaciones), de unos 2.500 millones de pesos, más o menos (2.343.267.000, en 1940), es decir, poco más de la mitad de lo que se ob-

tiene de la Minería, que paga salarios medios de \$ 25.70 diarios, y mucho menos de la mitad de lo que se obtiene de la Industria, en general, (cifra que, en parte vigente, incluye parte de la Minería), que paga salarios medios de \$ 24.98, diarios, llegando a los 80 y aún a los 100 diarios, con lo cual no hace sino remunerar y estimular, legítimamente al obrero, de acuerdo con la carestía infinita de la vida nacional, producida, con premeditación y alevosía, por los latifundistas, los intermediarios, los monopolistas y los especuladores, pro nacifascistas.

¿Soluciones? Sí. Soluciones.

Proceder a la industrialización de la Agricultura, la Pesquería, la Maderería, la Minería, (en total); proceder a la sindicalización forzosa y obligatoria del campesinado y del proletariado industrial, a fin de poseer un proletariado industrial, férreamente organizado por la sindicalización obligatoria, que ha enriquecido la Industria, trabajando en conjugación con los patrones; proceder a la capitalización, por el Estado, y el crédito particular, bancario, expedito y barato, a la capitalización de la Agricultura, la Pesquería, la Maderería, la Minería, (en total) proceder a levantar el nivel económico de producción y el nivel moral y social, relajado por las crisis parciales, de las plantas mineras industrializadas, que producen, por ejemplo, con capital en riesgo perpetuo, oro metálico, y de todos los predios agrarios, ya industrializados, ya que nosotros seremos los primeros amigos de la Agricultura industrializada, y si hoy la combatimos, no combatimos ni combatiremos, jamás, la agricultura, lo que sería idiota, sino los métodos de explotación, arcaicos, reaccionarios, macabros de la Agricultura, puestos en marcha por los Grandes Duques pro nacifascistas, sus sirvientes "Los Siúuticos", todos, no absolutamente todos ellos, al servicio de la traición reaccionaria pro fascista; proceder a controlar la anarquía capitalista latifundista-intermediaria-monopolista-especulativa, por el Estado, nó con sentido corporativo-fascistoidenacifascista, sino con sentido democrático anti-nacifascista, al servicio de los trabajadores manuales e intelectuales de Chile y al servicio de los patrones progresistas, al servicio del pueblo de Chile, del pueblo, del cual emergen el heroísmo y todos sus valores.

Porque, cuando la industrialización nacional liquide el latifundio, el intermediario, el monopolio, el especulador y sindicalice la República, nosotros habremos salvado la etapa feudal-colonial-pre capitalista, en la cual nos hundimos, y habremos ingresado a la Democracia universal-internacional, que ha de ser superada por el socialismo.

EL TERROR DE EXISTIR

POEMA - DRAMA EN TRES ACTOS. Actos 1.º y 2.º

(EL ACTO 3.º SE PUBLICO EN EL N.º 43 DE "MULTITUD")

ACTO PRIMERO

Personajes:

- Cornelia ... 40 años
Agar ... 20 años
Patricio ... 45 años
Abel ... 20 años
César ... 18 años
Dolores ... 25 años
Mariana ... 30 años

Sala de casa burguesa, confortable. El señor y la señora en retratos destacados, ovalados, de anchos marcos dorados. Un piano. Flores en floreros de cristal, muy altos. Cortinas graves y visillos aéreos.

ESCENA I

Cornelia y Agar

CORNELIA.— Los versos que leíste ayer en la Fiesta de la Flor, produjeron muy buena impresión.

AGAR.— ¿Quién te lo dijo?
CORNELIA.— Don Pedro, Tinita, Bustillos, en fin, varios.

AGAR.— Y a ti, ¿qué te parecieron?
CORNELIA.— (Con ironía). ¿A mí?
AGAR.— Sí, a ti, por favor, nunca juzgues nada a través de los demás.

CORNELIA.— En fin, te diré: me gustaron, precisamente, a través de los demás.

AGAR.— Bonito modo de opinar sin comprometerse.

CORNELIA.— Es que mi íntima opinión es que soy sombría...

AGAR.— ¿Sombría?
CORNELIA.— Y una muchacha como tú no tiene por qué serlo.

AGAR.— ¿Sombríos? Acaso. Dí más bien historias, medidos, mentira.

CORNELIA.— No entiendo.

AGAR.— Se festejaba a una mujer espectacular, vanidosa, mediocre, sin heroísmo. Hablaron figurones. Entre ellos habí también, encandilando allí a la fuerza, llevada por la corriente, elogiando la mediocridad y la ridiculidad.

CORNELIA.— Verdaderamente, me dejé perlejar. Siempre oí hablar de esa gran dama como de una persona importante.

AGAR.— Y tal vez lo sea dentro de su ambiente falso, tanto o peor que ella misma.

CORNELIA.— De todas maneras el final de tus versos es absurdo en una muchacha de tus años.

AGAR.— No lo creo. Por lo demás ya ni los recuerdo.

CORNELIA.— Yo los recuerdo, ¿quieres analizarlos?

AGAR.— Lo poesía no debe analizarse porque ella es siempre un producto espontáneo que no se sujeta a leyes establecidas.

CORNELIA.— Decías algo así: "Flores, como a vosotras, me deshoja el destino..."

AGAR.— ¿Exhalas el postrero suspiro de la vida para ser la inconsciente duzura de la nada?"

CORNELIA.— (Cornelia arrastra las palabras, acariciando dolos).

AGAR.— ¿Sabes? Me gusta oírme por tus labios.

CORNELIA.— No se trata de la música exterior de ellos, se trata de algo mucho más importante: se trata de tu alma.

AGAR.— Veo que das demasiada importancia a las palabras.

CORNELIA.— Es el único medio de conocimiento que poseemos los mortales.

AGAR.— Soy feliz a mi manera y acaso desgraciada del mismo modo. No es que me yo adquiera, por capricho, tal o cual modalidad, tal o cual estado de ánimo. Lisa y llanamente soy mujer.

CORNELIA.— Muy mujer.

AGAR.— He ahí todo.

CORNELIA.— Es que hasta cierto punto me hallo responsable de tu indole: de tu felicidad o de tu desdicha.

AGAR.— Desecha tan peregrina preocupación.

CORNELIA.— Te dí la vida material y he pretendido darte la más duradera, la única verdadera: la del espíritu.

AGAR.— Hay cierta vanidad en las madres al pretender dárnoslo todo. Me diste la vida material, la otra... me la ha dado el infierno.

CORNELIA.— La vanidad es tuya, Agar, adjudicándote inmensas palabras que sólo designan tus sentimientos.

AGAR.— Yo recojo de toda esta resonancia que hay bajo la bóveda del cielo algo doloroso que no puedo echar a volar de mi misma.

CORNELIA.— ¿Quieres a alguien?

AGAR.— Es posible.

CORNELIA.— ¿Quién es?

AGAR.— Hay tanto dolor en mi corazón, está rodeado de tantos imposibles que por eso, acaso, sentiste tan vivamente aquello de la "inconsciente duzura de la nada".

CORNELIA.— ¿Podría ayudarte?

AGAR.— Yo temo más que a los imposibles; si te dijese su nombre la existencia se te partiría. Eres débil y los convencionalismos alientan fuertemente tu enajenación.

CORNELIA.— (Alarmada). No me hagas sufrir de este modo. Habla. Eres mi hija y nada culpable o deshonroso podría hacer presa de tu alma.

AGAR.— Ya ves (con dolor). ¡No comprendes nada! Amo a César.

CORNELIA.— ¡Eh! ¿Es posible? Es un muchacho sin porvenir, sin fortuna, sin profesión. Un ser estrafalario, bohemio, sin control, un iluso. (Llora con desconsuelo).

AGAR.— Sabía tu respuesta a mi declaración. Por eso callaba, por eso deseaba "la inconsciente duzura de la nada".

CORNELIA.— ¿Acaso has sido sorda a mis sufrimientos? ¿Acaso no has visto lo que es soportar la pobreza, cuando se pertenece a una clase que exige de nosotros las apariencias?

AGAR.— Las apariencias la eterna rueda en que giráis. ¡Yo las desprecio!

CORNELIA.— Eso lo crees porque estás enamorada. Después...

AGAR.— Cuento con mi voluntad y con mi juventud.

CORNELIA.— Con qué rapidez me encuentro abocada a tan duro problema. Ayer me parece verte, emocionada entre tu blanca cuna risueña reposar, ¡cómo pedía al destino por tu dicha! ¡Cómo defendía tu niñez recordando la mía tan triste y desolada!

AGAR.— No sé nada de tu niñez.

CORNELIA.— No sólo de mi niñez, de mi adolescencia, de mi matrimonio, de las deslealtades de tu padre, su incompreensión por todo aquello que era la ilusión de mis huesos.

AGAR.— ¿Por qué te uniste en matrimonio, no a un hombre que no vibraba contigo,

que no tenía los mismos hábitos, la misma naturaleza?

CORNELIA.— Eran los míos tan pobres en aquella época. Veía sufrir a mis padres, a mis hermanos pequeños. Me ahogaba la provincia. Además él era fuerte, simpático. Fué la novia del guerrero que traía una espada teñida de sangre. Me habló con las palabras que están dormidas en el pecho de las vírgenes, creí amarlas...

AGAR.— Era tu derecho a la vida.

CORNELIA.— Después... me vi pospués, ta, ofendida. Mujeres y mujeres compartieron mi felicidad que, poco a poco se fué haciendo trizas. Ni siquiera tuve el consuelo de la fe. Otras tienen un Dios, un refugio al dolor, yo no tenía nada: madre hermanas, amigas, nadie me comprendió, todas me traicionaron.

AGAR.— Nunca te oí hablar con tanto dolor.

CORNELIA.— Es que veo repetirse mi vida en tí. Presiento tus sufrimientos, tu calvario, tu desolación.

AGAR.— Los prejuicios, la importancia desmedida al qué dirán, la vanidad, el vivir a flor de piel sin nutrirse de lo íntimo valeroso que cada ser tiene escondido para luchar en todo momento eso, todo eso contribuyó a hacerte desgraciada.

CORNELIA.— No lo creas. ¿Qué prejuicios, qué vanidad podía haber en mi niñez? ¡Y fué tan infeliz! Mira; cierro los ojos y veo esos veranos ardientes del Norte. Siento crujir las carretas que nos llevaban a las minas, la casaca vetusta y desolada. Esos cuartos que se llenaban de mosquitos. Papá cerraba la puerta de su habitación para librarse de ellos y leer en paz. ¡Tenía una indiferencia británica! Mamá se quedaba siempre en el pueblo para atender a Beatriz, tu tía, esa mártir que no conoció nada sino el dolor. Mis abuelos, hermanos mayores me atormentaban; construían fantasmas y el terror me hacía dormir.

AGAR.— ¿Eras muy pequeña que no te defendías?

CORNELIA.— No sé, acaso ocho, diez años. Si yo pudiera escribir, si hubiera tenido, como tú, una educación esmerada, podría describir la inmensa visión de las montañas. Una mañana, cogí mis vestidos unas muñecas, unas cajitas, unos zapaticos de badana y los hice un atado, me lo puse a la espalda y partí a pie por la ladera del cerro. Miré el picue profundo, vastilú, ¿no sería acaso un refugio?... Pero allí en el pueblo había seres humanos, y había un color violeta, tornasolado y maravillosamente amplio. Se gui caminando, los zapatos me atormentaban, tuve hambre y sed, tuve miedo a la soledad magnífica y regresé... mis hermanos me tomaron de las trenzas y de nuevo fui esclava de ellos.

ESCENA II

Patricio y Abel

AGAR.— (Se sienten pasos y voces) Ahí viene papá, enjuza tus lágrimas, (Agar abraza a Cornelia) ¿Por qué no fuiste tú mi hija?

PATRICIO.— (A Agar). Es verdaderamente lamentable la conducta de este muchacho. (Abel con la mirada perdida, avanza confuso, jugueteo de las palabras paternales).

AGAR.— ¿Por qué te diriges a mí? ¿Soy acaso su madre?

CORNELIA.— ¿No decías, hace un momento, que sólo la vanidad de las madres es la que las hace responsables de los actos de los hijos?

AGAR.— No recojas mis palabras para lanzármelas al rostro. Abel es tu hechura y, acaso en este instante, perteneciéndote, será capaz de defenderte de sí mismo.

PATRICIO.— Eres tú, Agar, la responsable de las ideas absurdas que se le meten a Abel en la cabeza.

ABEL.— Sean absurdas o no esas ideas, son mías y nada tienen que ver con Agar.

PATRICIO.— Bien, amiguito, aquí mando yo. Ud. reanudará sus estudios esta tarde; nada de versitos, nada de bohemia, nada de murgue. A la basura con el chamburguito, a la basura con la corbatita de lunas!

AGAR.— No lo denigres, papá, ya es un hombre.

PATRICIO.— ¿Crees emendarme la plana? ¿Crees que debo dejarlo ir por la vida de mejena y sin una chaucha en el bolsillo? ¿Me crees tan miserable como para eso? ¿Va a repetirse el caso de tus amiguitos de cenáculo, de esos peotillas cursis varauuncos, que han franqueado la puerta de mi hogar, en virtud de sonetos, desgranándolo?

CORNELIA.— De esos vagabundos que se adjudican el derecho de ser hombres... Soy de tu categoría esta vez, Patricio.

AGAR.— (Aparte a Cornelia). No te apartes de mi alma.

CORNELIA.— Eres tú quien se aleja.

PATRICIO.— No habéis en drama, por favor; eso lo hacían perfectamente mi suegra y su parentela. Me gusta lo concreto, abomino de las ilusiones y sus palabras embusteras.

AGAR.— Bien, en concreto: Podéis hacer de Abel un señor profesional, con chaquet y cadenera de oro en el chaleco pero si tiene dentro de sí algo duradero y profundo, es decir, si tiene conciencia exacta de su destino, de nada habrán de valer discursos y profecías de baratillo.

PATRICIO.— (Acercándose amenazante a Agar). Vas a hacerme el favor de callarte. (A Cornelia). Se le han ido los humos a la cabeza: los aplausos, las flores, los halagos, la hacen sentirse una escritora que puede dictaminar en cosas que sólo la experiencia de la vida puede hacer.

AGAR.— O el talento verdadero.

ESCENA III

Dolores y César

DOLORES.— (Entrando). Don César.

CORNELIA.— (Eleva los ojos al cielo). Hazlo pasar.

CÉSAR.— Buenas tardes.

AGAR.— Buenas tardes.

CORNELIA.— (Hace una venia y se dirige a Patricio). Nuestra condescendencia es imperdonable.

PATRICIO.— Pondré los puntos sobre las fes.

CÉSAR.— (A Agar). Encuentro el ambiente frío. ¿Qué ha pasado?

AGAR.— No te inquietes, son borrascas a domicilio.

CÉSAR.— ¿Estoy ajeno a ellas?

AGAR.— ¿Quién sabe!

CÉSAR.— (Dirigiéndose respetuosamente a Patricio). Vea Ud. don Patricio, ayer estuve con su amigo el Ministro Santos, lo recordo con mucho afecto.

PATRICIO.— (Pavoneándose). Vaya, vaya, me alegro. Es una persona muy distinguido

de este Santos. Gran palabra de tribuno, culto, fino, ¡una dama!

AGAR.— ¿Qué elogio tan divertido! Es como si dijese de mamá que es un caballero. (Todos se ríen)

CORNELIA.— (Amostazada). No es el mejor momento para hacer chistes a costa de los padres, Agar.

CÉSAR.— (Tratando de evitar discusiones, a Abel). Te encuentro muy callado y pensativo Abel. ¿Algún nuevo conflicto amoroso?

ABEL.— No bromees. Hace un instante han dispuesto de mí como de un pelele. Me balanceo en una cuerda floja.

CÉSAR.— ¡Rebelde!

PATRICIO.— (Interrumpiendo). Abel es un buen hijo. Yo te ruego, César, que no lo aconsejes ni le haga bromas.

CÉSAR.— No he aconsejado nunca a nadie.

PATRICIO.— No importa. Además, en esta casa no se hablará más de literatura, ni de autores, ni de ideas. ¡Hay tantas cosas útiles y prácticas de que hablar!

CORNELIA.— (A Agar). ¿Por qué no haces un poco de música? Aunque sea el menos desagradable de los ruidos, como decía Napoleón, hay ocasiones en que adormece los nervios.

AGAR.— (Se levanta y con cansancio se acerca al piano). Chopin, ¡acaso pensaste alguna vez que tu música derramada en un momento de altura y de emoción dentro de tu espíritu, habría de servir para poner punto final a un conflicto doméstico? (Ejecuta la 1.ª parte del Nocturno N.º 13 de Chopin)

CÉSAR.— (Yendo a volver las hojas de la música). ¿Serán estos acordes los escalones hacia la eternidad? Me parece que subo por ellos.

AGAR.— Yo me siento entre ellos como una llama dúctil que confunde su esencia con tú intensa esperanza.

CÉSAR.— ¡Qué vidas tan extrañas las nuestras! Somos dos fatalidades interrogando lo desconocido.

AGAR.— Y el viejo caduco ese de lo desconocido que no responde.

CÉSAR.— Te engañas, sus palabras se tiñeron de luna y van enlazando almas, cuerpos, cerebros.

AGAR.— Somos juguetes en sus manos.

CORNELIA.— (A Patricio que ha estado distraído hojeando periódicos) ¿No crees un poco peligrosa esa amistad de Agar y César?

PATRICIO.— No lo creo. Ella es demasiado inteligente para escuchar las palabras de un muchacho.

CORNELIA.— César no es como los otros. Tiene personalidad, voluntad y decisión, además amar es romántico y en este último tiempo noto en ella contradicciones que me alarman.

PATRICIO.— Lo interrogaré con diplomacia.

AGAR.— (A César aún junto al piano) Te voy sonreír y en tí gesto hay altivez, imperio, rebeldía, ¿qué sientes?

CÉSAR.— Mi alma inflexible, a dormir en la funda con que todos se visten, como la hoja trágica de un puñal se resiste.

AGAR.— Es la soledad la que mina a pasos gigantescos tu enorme y rudo corazón de niño y de hombre.

CÉSAR.— Acompañame...

PATRICIO.— (Interrumpiendo) ¿Y qué dicen sus estudios, amigo?

CÉSAR.— Me he reincorporado a leyes. Además escribo y pienso.

PATRICIO.— Nada de letras, amigo mío. Deje los sueños, recíbase, trabaje, hágase hombre. Su salud, su juventud deben encauterarse. Hay que pensar en el porvenir.

¿Cuántos años le faltan para doctorarse?

CÉSAR.— (Con desaliento) ¡Cuatro años!

PATRICIO.— No es mucho, los años, como las golondrinas, vuelan...

CORNELIA.— Solo cuando se espera la realización de nuestras esperanzas entonces esos años no tienen término.

PATRICIO.— Y ¿dónde está, entonces, la voluntad del hombre?

CÉSAR.— El hombre empieza cuando la voluntad lo abandona. Esa voluntad que es más pequeña que el sentido que nos embarca.

PATRICIO.— Sea valiente y triunfará.

CÉSAR.— Es fácil poner voluntad en adquire bienes materiales pero cuando se juega el destino, espiritual del ser, entonces, somos tímidos.

CORNELIA.— (Punzante y hostil) El hombre que pretende alcanzar un imposible es un desgraciado.

AGAR.— Nada es imposible mientras la vida no nos aniquila por completo.

ESCENA IV

Dolores y Mariana

DOLORES.— La señora Mariana Abarca.

AGAR.— (Levantándose). Que pase.

ABEL.— Yo me esfumo. Aquí sí que se hablará de literatura a pesar de la prohibición de papá. (Sale).

MARIANA.— (Afectada y ridícula en su vestimenta). ¡Agar!, preciosa, vengo a buscar la comisión de señoras me eligió Presidenta. Te nombraré, desde luego, mi secretaria incondicional. ¡Verdad, señora Cornelia? Su hija es ideal, ayer la evocé, venía por el Forestal y pensé que su silueta primaveral vestida de Otoño la reclamaba esa armonía, esos rayos postreros de sol, ese rumor de aveciillas paradisíacas...

CÉSAR.— ¿Ha leído Ud. a Milton, señora?

MARIANA.— No, ¿por qué?

CÉSAR.— Porque escribió el "Paraíso Perdido".

AGAR.— (Aparte). Por favor, César, no te burles.

CORNELIA.— Agar estará honradísima señora Abarca; además tendrá algo en que ocupar sus horas; es tan perzosa!...

AGAR.— Cuando no hago nada es cuando mi actividad es más provechosa.

PATRICIO.— Nada entiendo de eso, sólo sé que desucida, Agar, lamentablemente su piano, su inglés.

AGAR.— Exiges demasiado de mis fuerzas.

PATRICIO.— Ahora con el secretariado ese habrá que decir adiós al último sonido que acaba de arrancar a las teclas.

AGAR.— Hay algo, Mariana, que me impide aceptar tan halagüeña proposición: estoy terminando un libro, necesito de todo mi tiempo.

MARIANA.— Eso no es inconveniente, querida.

AGAR.— Sobre todo soy inconstante e indisciplinada. Sería una pésima secretaria de una tan activa y severa Presidenta.

CÉSAR.— (Para sí). Aunque son los secretarios los que siempre hacen la plataforma.

MARIANA.— No hubiera pensado esto, Agar.

AGAR.— Lo siento, verdaderamente.

MARIANA.— Hay un arreglo. Le daré un puesto más reposado y más de acuerdo con

sus deseos. Será la bibliotecaria. No hay peros, ¿acepta?

AGAR.— (Venecida). Acepto.

CORNELIA.— Gracias, linda, yo le agradezco que haya pensado en mi hija.

AGAR.— (A Cornelia). No tienes por qué agradecerlo.

CÉSAR.— (Aparte). ¿Por qué aceptaste?

AGAR.— (Misteriosamente). Nos veremos en la biblioteca.

CÉSAR.— Ahora comprendo.

MARIANA.— (Levantándose). Me voy. Tengo que pasar al "Mercurio", a la Caja de Ahorros, al Liceo, tengo que ir a la imprenta a mandar a hacer las invitaciones, retirar los estatutos de manos de la señora Anita, reclamar las fotografías del estreno, en fin, la mar, hasta luego!...

CÉSAR.— ¿Todo eso lo efectuará Ud. con algún motor en el malechín?

MARIANA.— No, y si lo duda, acompañame.

PATRICIO.— Yo la acompañaré señora, llevo su mismo camino.

MARIANA.— ¡Encantada! (Se despiden y salen).

ESCENA V

CÉSAR.— Estas eóforas de la literatura van por el mundo abanicando la tierra con la cola de pavo real que llevan en el alma y llenándolo todo de polvo.

AGAR.— No seas exagerado. Mariana es una mujer que cree profundamente en principios de renovación, en superación para el sexo a que pertenece.

CÉSAR.— Y ¿crees tú que estará ella bien segura del sexo a que pertenece?

AGAR.— (Riendo). ¡Estará inaguantable!

CORNELIA.— ¿Desde cuándo te harás cargo de la biblioteca?

AGAR.— Desde hoy mismo.

CÉSAR.— (Levantándose y tratando de imitar a Mariana). Yo, me voy, tengo que pasar a la Caja, al Cementerio, a la Cámara, recoger los bombones, dar un óbolo a los hermanitos cristianos, en fin, la mar, hasta luego. (Sale).

ESCENA VI

CORNELIA.— (Tratando de acercarse, nuevamente, en espíritu a Agar). No me atreví a decir a tu padre el sentimiento que he despertado en tí este muchacho.

AGAR.— No es un muchacho. La edad de los hombres se toma en cuenta por lo que representan ante sí y ante el mundo.

CORNELIA.— No sabes lo amonadada que estoy. Ayer me trajeron esas codornices y pensé que me traerían desgracia. Las haré matar.

AGAR.— No seas supersticiosa, eso es sólo propio de gente ignorante.

CORNELIA.— No soy supersticiosa, pero ya ves, esta angustia, este clima inconfortable que nos rodea desde que las traeron es evidente.

AGAR.— Me haces reír, déjales vivir, pobres aveciillas, con ellas o sin ellas mi destino se verificará.

CORNELIA.— ¿Vas a salir?

AGAR.— Voy a vestirme para ir a la biblioteca. (Sale).

CORNELIA.— (La sigue con la mirada). "Juventud, divino tesoro", cómo eres de inconsciente, cómo vas al abismo que tus propias manos prepararon. Y, sin embargo... ¡qué no daría yo por volver a empezar! (Se pasea nerviosamente). Tener esta experiencia, este reposo y pisar los veinte años! El espíritu no camina a la par que estas carnas. (Se acerca a la ventana). Miro el horizonte, el espejo de mi presente, y sólo percibo una risa quebrada. La mujer dará paso a la anciana y la anciana irá a incrementar el olvido y la muerte.

AGAR.— (Vestida a la última moda sale poniéndose los guantes). ¿Hablabas con alguien?

CORNELIA.— No, hablaba conmigo misma. (Se besan maquinalmente). No te tardes demasiado y si llegaras a encontrar a César no hables con él.

AGAR.— No te inquietes demasiado. Sabes que voy a la biblioteca y que César llevaba un camino determinado...

TELON

ACTO SEGUNDO

Personajes:

- Cornelia ... 45 años
Agar ... 25 "
Patricio ... 50 "
Abel ... 23 "
Mónica ... 20 "
Zoila ... 60 "
Rosálinda ... 50 "
Rubí ... 25 "

Hall de casa residencial. Radio, teléfono. Plantas de sombra. Jaulas y trinos. Rosálinda es afectada, Cornelia la adula imitándola.

ESCENA I

ROSALINDA.— (A Cornelia, ambas sentadas en sendos y cómodos sillones). No sabe Ud. querida, cómo estubo de maravilloso el sermón del padre José. Parecía que hasta las luces titilaban de gusto.

CORNELIA.— Es un santo, mi hijita.

ROSALINDA.— María Pereira se desmayó.

CORNELIA.— ¿SÍ?

</

ANTONIO DE UNDURRAGA

En el sepelio del poeta Omar Cáceres

Ha partido solo, solo,
sin buque ni caballo enajenado
en que reposar sus sienes.

y palabras podridas de los que él pre-
(sentó
al océano y a todos nuestros alerces
(inmortales.

ellos no han llegado a saludarte.
Si, Omar Cáceres, ellos no han venido;
vuestra ceniza, ahogada, vuestras plumas
atadas de sudor y roncós centauros
(amarillos

por un cardúmen de caballos sangui-
(nolentos,
con que has querido retribuir al último
movimiento de nuestras bocas.

en demanda de lenguas y letárgicas mi-
(llas lacustres
a tocar vuestros huesos ya fríos y rotos:

Sólo tablas y negras tablas.
Seis golondrinas húmedas han deposi-
(tado un poco de agua,
acaso lágrimas, sobre su muerto pecho.

Su agonía montada en pies de diamante,
y parca como un movimiento de luz
en la mesa de tierra de los tréboles,
a ellos, les ha atado los pies con huesos
de topo

eran ya liturgia hirviente
y crujía la bandera cuyo filo
decapita a los grandes soldados.

Loor, Omar, a vuestra torre
de olivas opacas y fríos centuriones.

Serían un fuselaje de quemadas osa-
(mentas.

A distancia le rodeaban sólo dientes,
dientes incandescentes.
Las mandíbulas tumefactas,
cargadas de manteles, vinos, panes

v ¡ay!, camarada, para loor vuestro y
(muy alto,

Ellos no han venido a saludarte,
ni a recibir el puñado de llamas negras,
como un líquido sordo y carcomido

Porque, ¡ay, Omar!, si ellos hubieran
(venido,
los prados y las millas, parras, vicarios,
(escarpas y romeros,

¡Loor a ti en vuestra ciudadela
de golondrinas húmedas
y quemado aceite de torcazas
transfiguradas por la tempestad!

A.

DE

U.

J. CASTEDO

LAS ARTES PLASTICAS EN LA URSS

Envío de Moscú
a "Multitud",

Sara Lebedieva

Ultimamente, fué inaugurada la exposición de las obras de la Escultora Soviética Sara Lebedieva. Está instalada en las salas bajas del Museo de Arte Occidental Moderno de Moscú, Museo que guarda la mejor colección de Arte Francés de Europa.

La exposición está magníficamente decorada, con un primer Salón en el que exponen principalmente los Retratos y las figuras pequeñas, géneros en los que la artista es una verdadera maestra; y al fondo, las salas de los arcos, que tan bien encuadran las grandes esculturas y los proyectos de Monumentos.

La exposición comprende obras desde 1918, o sea la Época Soviética de la Escultora, y recorriéndola cronológicamente, se ve cómo la escultora se va afirmando en el conocimiento de la forma, así como también en la acentuación del carácter de los personajes retratados, dos tendencias tan difíciles de unir y cuya unión consigue la escultora perfectamente.

Sara Lebedieva ha sido educada en el culto a Rodin, el gran escultor francés, y de esta su

primera enseñanza impresionista conserva las trazas en sus retratos, hasta en los más modernos. Quizás la actividad más característica de los grandes hombres del País de los Soviets; la del héroe de la Aviación Roja, Chkalov, cabeza de una energía extraordinaria digna del hombre que voló desde la U. R. S. S. vía del Polo Norte hasta América; el retrato del Mariscal Budiony, en el que está perfectamente acusada la fuerte expresión del organizador de la Caballería Roja, cabeza conseguida con un conocimiento de los planos verdaderamente notable; la del Director del Teatro Judío de Moscú, C. M. Mijoels, de un parecido sorprendente; el del gran escritor Soviético Vsevolod Ivanov, riéndose, como representación de lo bueno y sano del personaje, expresión bien conseguida escultóricamente; el del decano de las letras Soviéticas A. S. Serafimovich, con su cabeza afeitada y su cara llena de arrugas, contraste real, que da una diferencia de calidad al retrato: el de Stajanov, para cuya escultura definitiva tiene también sus estudios en pequeño. Está el glorioso fundador del movimiento stajanovista que es un movimiento para alcanzar un rendimiento del trabajo elevado; el de la artista soviética

bien conocida O. L. Knipper-Chejova, buen retrato, y por fin, el del gran revolucionario Félix Dershinsky, con su expresión fina y profunda a la vez. También vemos aquí un proyecto de Monumento de Félix Dershinsky para una Plaza de Moscú que es un gran acierto; las líneas rectas del capote militar verticales, llevan la mirada, insensiblemente, hasta la fina cabeza. Su contemplación, aislada de las obras que le rodean, nos hace pensar en el magnífico aspecto de cuando esté emplazada entre los grandiosos edificios del nuevo Moscú.

Otro proyecto de Monumento es el del Poeta Nacional Pushkin. Se le ve de pie, indolentemente recostado en un árbol que cubre el fondo, conseguido plásticamente y sobre un pedestal cuadrado del que salen lateralmente dos ménsulas, de un acierto evidente. Para estos monumentos hay, además de las cabezas, varios estudios de actitudes, esquemas, etc.

Tiene también en la exposición varias cabezas como las de las muchachas Mongolas, la del Marino Rojo, de niños, etc., que entran en la serie de los retratos, y aquí hay que remarcar, que la escultora, cualquiera que sea la materia en que estén ejecutadas sus obras, siempre tie-

nen gran calidad; hasta las que están en yeso, y en esto se demuestra que es una gran artista.

En sus figuras se aprecian tres tendencias, según su tamaño. Las más pequeñas son verdaderamente deliciosas, generalmente desnudos femeninos en múltiples actitudes naturales y muchas de ellas, tocando instrumentos músicos, como guitarras, violines... recuerdo, quizás, del taller de su maestro Chervud, apasionado de la música. Son piezas de Museo, pero que a uno le gustaría tenerlas en casa para poder saborearlas en los momentos de reposo. Luego vienen las figuras de regular tamaño, en las que la marca del Impresionismo no es tan marcada, en ellas se acusa más netamente la forma, pero aún, en su superficie conservan la apariencia inacabada de las pequeñas, de estas hay que citar a un desnudo femenino que es sorprendente por su carácter ruso. Y por último, las grandes figuras, del natural y mayores, como la de la muchacha desparezándose, magnífica de composición y modelado, y sobre todo la de la joven que marcha con una mariposa en la mano;

(PASA A LA PAG. 4)

J.

JOSE DE ROKHA

Poema No 13

Al amanecer una voz me habla largamente de tí
Se refiere a mi propio dolor con risas profundas
como tus ojos.
Y una nube inclinada hacia el futuro
(me recuerda
las espinas de la fuga

Al amanecer vive temblando tu rostro
(entre mis manos
Así vive la soledad que se prolonga
(hasta la muerte
de lo imposible
Así vive el dolor que se prolonga hasta
(la muerte
de lo imposible

Así vive el amor que se prolonga hasta
(la muerte
de lo imposible
Así vive la furia
La dicha
La locura
La espera
Cerrada geografía del sueño son al

(amanecer mis manos
Y el humo del tabaco me ayuda a construir tu cuerpo
Ignoro si el silencio de hoy se desvanece como débil testigo de tu desnudez.
Pero eternamente ausente vive temblando
(do tu rostro
entre mis manos.

J.

DE

R.

ANUAR ATIAS

Poesía y muerte de Omar Cáceres

(Cualquier cielo podría ser mi cielo).
O. CACERES.

En Omar Cáceres tenemos una clave en el confuso panorama de la poesía chilena. Siempre que se trate de enjuiciar, de sistematizar esta variada y engañadora exuberancia de poesía, que en Chile ha devenido en característica nacional, los puntos fuertes de un estudio serio, han de encontrarse junto a otros pocos nombres, con el de este poeta, que en su única obra publicada, "Defensa del Idolo", reveló una estructuración poética definitiva, un paso más allá de la balbuceante retórica o elisé de tan fácil arraigo en nuestro medio poético.

"Defensa del Idolo" es el libro de una persona. He aquí su principal valor. Esta persona guiada por móviles estéticos absolutamente íntimos; atenta a un curioso encanto retórico en que la

sonora expresión va unida a un mundo estrangulado y claro, ha logrado una medida clásica que hace de Cáceres algo más que un alocado.

Ahora que la alucinación, la escritura automática, el surrealismo en general, ha caído en tantas manos, no siempre limpias en su intención y en su valor, repasar las páginas de este libro es, además de un agradable ejercicio, situarse en un punto en que los valores se hacen responsables de sí mismos, en que la libertad, el tesoro más preciado del poeta, no es el libertinaje del adolescente espantable.

Quien desee precisar la cuestión de los valores poéticos; de conocer su alcance moral y estético no puede entregar su juicio al vértigo de la moda. El poeta generalmente se cree tan libre, que termina por ser irresponsable y pueril. Existe una especie de delirio colectivo por intensificar ciertos aspectos superficiales del hombre, olvidando

su buen gusto, la medida de los valores y el cuidado de la forma.

Ahora bien, Omar Cáceres exageró hasta extremos alucinantes la certeza de su "YO" poético. Una certeza que lo llevó a la adquisición de un CUERPO poético en que la forma estaba ligada absolutamente al destino del poema. La claridad de su poesía integra ya la Naturaleza, el paisaje de Chile. Y este es un buen premio a este esforzado trabajador.

Deseo que se entienda bien que mi intención es ubicar la naturaleza de la poesía de esta desgraciada víctima del romanticismo. Lejos estoy de entrar a probar que aquí está el límite de la poesía. Pero como ejemplo de ardiente y honrada experiencia, la poesía de Cáceres está salvada. Porque el hombre sólo puede dar aquello de que es dueño y señor.

Si encontramos en nuestro país un poeta lanzado y multiplicado en mun-

dos más amplios; si su ojo se ha agrandado hasta el límite divino o demoníaco, este poeta en virtud de su genio nos ha de dar su obra completamente depurada. Creo que aquí el poeta debe fundar su orgullo, y es donde empieza a ser moral.

Todo para la poesía: estamos de acuerdo. Sirvan a ella todas las virtudes y todos los vicios. Las exageraciones del hombre; sus múltiples fondos y vacíos; su duda; el juego y el ingenio; la antipatía; todo... pero menos la trampa. Este es un acto sucio que solo es permitido entre los ladrones de profesión. Y la poesía no es un arte de trampas.

Aquí vamos a decir, como un homenaje póstumo a Omar Cáceres, que siempre se esforzó por dar relieve a su ecuación personal, que esta enfermedad infesta la fronda poética de Chile. Hay pocos que se salvan.

Se ha entablado una lucha vana en

un frente errado. Se quiere afirmar una tendencia fuerte en medio de una batalla de conventillo. Que tal o cual poeta es un miserable impostor, no es precisamente el modo de exaltar la verdad poética. Si muchos de nuestros mejores poetas entregaran esta pasión a la lucha que deben sostener consigo mismos —como lo hacía Cáceres—, si se preocuparan menos de servir fanáticamente tal o cual tendencia, tendrían más tiempo de observar sus defectos, de encontrar y dominar su estilo que es mucho más difícil que atacar a un comerciante de versos, cuya propia ruina es el mejor castigo que puede dársele.

No es difícil que la poesía alcance entonces en Chile un nivel mucho más rico que la imperfecta selección que podemos ahora exhibir.

Hay muchas tareas que cumplir en el terreno poético y Omar Cáceres ha legado la consecuencia de su honradez.

A.

A.

JULIO TAGLE

Bello Vértigo

Sale esta noche a rondar las cabelleras,
Que el viento evapora las últimas notas
De la voz ahoreada en la rapsodia del lecho
Sale y aparta de mí esta neblina infernal
Que ya la eternidad me besa;

Sale y cierra este húmedo hueco de flores
Donde danzan vírgenes y monstruos;
Entra, y substituye la mandolina
Que dos de sus cuerdas

Tengo incrustadas en la tráquea.
Entra, sale y cierra,
Que preciso recostar mi rostro fantasmal
Sobre un cementerio de senos.

J.

T.

El terror de...

AGAR.—Yo sí que os conozco. Algún día responderéis ante el mundo de vuestros actos (Va hacia el niño).

PATRICIO.—(Acercándose curioso). ¿A ver? ¡Vaya que ya es todo un hombre! ¿Se parece a su abuelo? (Lo toma en brazos).

AGAR.—(Se arroja a los pies de Patricio que acuna al niño en sus rodillas). Es hermoso, tiene los ojos como las almendras vivas, esas que son de terciopelo y miel. Suave es su piel como cuando la luna cae y resbala sobre un dolor...

CORNELIA.—(Acercándose despreciativa). ¡Es horrible!...

ESCENA VI

ABEL.—¡Agar!

AGAR.—La misma. Nunca buscaste el camino de mi hogar donde siempre te esperaba. Eras joven, estabas en la obligación de comprender...

ABEL.—Me repugna la miseria sórdida.

AGAR.—(A Abel) Hay cosas más repugnantes aun: tu suegra.

ABEL.—Cállate, por favor, podría oír y ella es una señora: tiene siete millones de pesos.

AGAR.—Has hecho un buen negocio.

ZOILA.—(Arrellanándose en un sillón). Tengo el alma en un hilo. Este juego político me perjudicará en un millón de pesos.

PATRICIO.—Ya los recuperará Ud. misía Zoila.

ZOILA.—Pienso que si ese bandido de Alessandri triunfa nos dejará a todos en la calle.

PATRICIO.—Y pensar que no es él el culpable sino las corrientes adversas que lo llevan. Es hombre de talento, tiene casa en la Alameda, coche en la ópera y coche a la puerta, es socio del Club de la Unión. Además, les dicta a dos secretarios simultáneamente.

ZOILA.—¡Es espantoso!

CORNELIA.—¿Y cómo le fué en Viña, misía Zoila?

ZOILA.—Fíjese, Cornelia, sólo ayer perdí veinte mil pesos en la ruleta y con estas perspectivas de Gobierno.

AGAR.—Ojalá triunfe el hombre que más comprenda a su pueblo y el que mayor conciencia política demuestre como gobernante.

ZOILA.—(Despreciativa). ¡Qué sabe Ud! Me han dicho que hasta comunista es su marido. ¡Caro! también lo será Ud.

AGAR.—No tengo por qué negarlo.

ZOILA.—Todos unos antipatriotas, descreídos, ignorantes.

AGAR.—Su patriotismo, señora, es edificante, él le ha dado bastante dinero, embargando las máquinas de coser de sus arrendatarios.

CORNELIA.—Bastante que trabaja y le cuesta a misía Zoila.

ZOILA.—¡Claro que soy patriota! Adoro mi patria tan hermosa. A ver se me caían las lágrimas cuando vi desfilar la Escuela Militar. ¡Qué muchachos tan bien plantados!

AGAR.—Ellos, seguramente, la defenderán de los comunistas.

ZOILA.—No, no me defenderán ellos, por dos razones: primero, porque los Estados Unidos nos protegerán de la invasión rusa

y del hambre y, segundo, porque si llegara, en un caso hipotético, a triunfar el comunismo, me sentaría en el medio del patio de mi casa, con toda mi plata y mis joyas, me rociaría con parafina y me prendería fuego.

ABEL.—No exagere, señora. Agar va a ir a contarle a su marido todas estas cosas y los comunistas la colocarán en la lista negra. (Hace un ademán como que le cortarán el cuello).

ZOILA.—¿Hará Ud. eso?

AGAR.—Desuicide Ud., señora, una mujer tan patriota y valiente como Ud. que contempornea gustosa su hermoso país a los Estados Unidos, con ejército y todo, es una reliquia que cualquier gobierno debería conservar el amparo de todo peligro.

ZOILA.—¿Cómo me asquean las mujeres que se ponen a hablar como los hombres?

ABEL.—Agar no habla por ella sino por boca de ganso.

AGAR.—(Aparte). Menos mal que tú hablas por boca de los millones de tu suegra o del caballo de lata con que premiarán tu talento de poeta en conserva.

ZOILA.—Abi tiene Ud. Cornelia, amiga mía, por no haber puesto atajo a esa educación venenosa que están dando a la juventud de los melvados, los ateos.

CORNELIA.—No haga caso a las palabras de Agar misía Zoila; ella respira por la herida y está dominada por el subversivo del marido.

ZOILA.—Aquí tienen Uds. a mi hija, (abraza a Mónica) obediente, tierna, mujer de su hogar. (A Abel). Ha tenido Ud. el honor y póngase orgulloso de ella, pues puedo asegurarle que no ha leído jamás un libro.

AGAR.—La felicito, señora. En estos tiempos los libros sirven sólo para encender el fuego... en la cocina de los burgueses y de las señoras de colecta y Patronato.

MONICA.—(A Agar). ¿Y qué edad tiene el guagüito?

AGAR.—Mil años, Mónica.

ABEL.—¿Cómo dijiste? Llámala Monona. No tienes demasiada confianza para tutearla porque tú eres pobre.

AGAR.—Tienes razón, las mujeres como ella no tienen nombre propio ni sus maridos tampoco.

ESCENA VII

ROSALINDA.—(A Mónica) ¡Cómo no me habían dicho que estabas aquí, preciosita!

MONICA.—Qué gusto de verla señora Rosalinda, y tú, (a Rubí) mi hijita, ¿cómo estás? ¿Y tu futuro siempre tan picho?

RUBI.—Siempre. Todas mis amigas me lo envidian. Pero, a decir verdad, la lotería te la sacaste tú con Abel.

ABEL.—Cuidado, Rubí, no me tome el pelo, mire que soy propenso a la calvicie.

CORNELIA.—No porque sea mi hijo, Rubí, pero Abel es un marido ideal. Fue cotizado como el que más Ud. lo sabe, mi linda. ¡Cómo lo rondaban tantas y tantas mujeres! Pero supo elegir ¿verdad?

ZOILA.—Mónica no tiene rival.

ROSALINDA.—¡Igual a su madre! Porque Ud. misía Zoila, es una mujer en toda la extensión de la palabra.

PATRICIO.—¡Cabal! Misía Zoila es todo un hombre!

AGAR.—Siempre papá elogiando a los seres colocándolos en el sexo contrario. (Risas generales).

ABEL.—(A Agar). Oye, ¿sabes que me han nombrado miembro de la Real Academia Española?

AGAR.—¿Sí? Me alegro. ¿Habrá publicado algunas obras importantes?

ABEL.—No, ninguna. No se necesita publicar libros para ser escritor en Chile.

AGAR.—Pero en la Real Academia... por lo menos los miembros escriben o son generales retirados.

CORNELIA.—No seas envidiosa Agar, tu hermano es un finísimo escritor: le han otorgado la flor de oro en diversos concursos, la Mistral lo considera un trovador de Antología.

AGAR.—¿Sí? La Mistral es una mujer de talento, a pesar de la flor de oro que le otorgaran alguna vez y del elogio a los poetas tan poetas como Abel.

RUBI.—¿Y la flor de oro de Abel cree Ud. que es una biococa? ¿No le gustaría a Ud. tenerla?

AGAR.—Yo, francamente, no sabría qué hacer con una flor de oro. No la pretendo, ni creo que me la darían...

ABEL.—Mejor así, porque lo primero que harías sería mandarla a la Agencia.

AGAR.—¿Y para qué otra cosa crees tú que podría servir una flor de oro?

RUBI.—Pues, por el honor de conservarla junto a nuestros brillantes.

AGAR.—Los brillantes siempre son una cosa de mal gusto.

CORNELIA.—De manera que mis solitarios y los de misía Zoila son de mal gusto?

AGAR.—Precisamente, sí.

ZOILA.—¡Fiamante afirmación!

RUBI.—¡Já! ¡já!... porque Ud. no los tiene.

AGAR.—No, no es por eso, es que los encuentro charros, feos. Me gustan las perlas sin averiguar su precio, acaso las esmeraldas del mismo modo.

ABEL.—(Con intención a Rubí). Y los rubíes...

RUBI.—Gracias. ¿Acaso le parezco una piedra preciosa?

ABEL.—¡Por supuesto!

MONICA.—No tires piedrecillas porque recibirás fiestillas... Abel galantea, en mi presencia a todas las mujeres.

CORNELIA.—Es tan fino mi hijo.

ROSALINDA.—Así es Cornelia, yo admito a Abel incondicionalmente. Todo en él me parece estupendo, desde sus guantes color patito, la perla de la corbata, las camisas finísimas, los calcetines...

RUBI.—Por Dios, mamá, no sigas nombrando que ya te quedan prendas tan íntimas que nos harás ruborizarnos a todos.

PATRICIO.—Siga no más, señora Rosalinda y no se olvide que también soy manija.

ROSALINDA.—Cállese el picado de araña y recuerde que soy viuda de un capitán de navío.

ZOILA.—Su marido, Rosalinda, ¿era hermano del capellán Romero?

RUBI.—¡Claro! mi tío el capellán es tan encantador!

PATRICIO.—Harto peñe el capellán. No

hay otro como él para el rocabor. Y qué liberal, le gustan el tinto y la media negra...

CORNELIA.—No seas mal hablado, el capellán es un santo. Son las mujeres las que tienen la culpa de que se hable de él.

ROSALINDA.—Así es, mi hijita linda.

CORNELIA.—Me consta que la María López pretendió enamorarlo y lo persiguió hasta en el confesionario.

ZOILA.—¡Jesús! Cornelia, deberían excomulgarla por corrompida.

CORNELIA.—Así dijo yo, pero hay que tener piedad cristiana, misía Zoila "dar gracias a Dios que no seamos como ella."

ABEL.—Yo no sé lo que pasó con la María López pero un día, yo, con mis propios ojos, la ví en coche de posta...

CORNELIA.—¿En coche de posta? ¡Increíble!

AGAR.—¿Y qué tiene eso?

RUBI.—Pues que una persona decente no viaja en coche de posta.

AGAR.—Una persona decente ¿viaja en lo que puede: tranvía, coche, taxi o carreta y nada por eso deja de ser quien es.

ZOILA.—¿Cómo se le ocurre! ¿Cree Ud. lo mismo que yo hubiera ido a la comida de noche en la Embajada Británica, en victoria de arriendo en vez de ir cómoda y dignamente en mi Packard?

AGAR.—No, señora, Ud. necesitaba ir en su Packard a la Embajada.

ZOILA.—¿Prefiere Ud. querer decir que mi persona depende del Packard?

AGAR.—No, quiero decir que el Packard, los brillantes las perlas, las joyas finas son, con la señora que va a las Embajadas una sola cosa.

ZOILA.—¿Y Ud. iría, si la convidaran, en victoria de arriendo?

AGAR.—Posiblemente a la mía.

ZOILA.—La despedirían desde la puerta.

PATRICIO.—¡Por supuesto!

CORNELIA.—(A Mónica) ¡Qué elegante! El sombrero es un modelito ¿verdad? ¡Es ideal!

MONICA.—Es de la casa Otero. Las perlas, las joyas una fortuna, fueron un capricho de Abel.

CORNELIA.—(Mirándola con los ojos entornados) ¡Soñadas!

MONICA.—(Mirando a Patricio con el niño en los brazos) Don Patricio está embobado con el niño. Ya ni se acuerda de nosotros.

CORNELIA.—Celosa ¿eh? Pronto nos dará Ud. un verdadero rubio. Ya me parece que lo arrullo. Será niño, lleno de encajes y sedas.

MONICA.—Ya está encargado el ajuar. Las monjitas de la Casa Nacional del Niño me entregaron, esta semana, 200 pañales delgados, 300 gruesos, 3 docenas de mantillas azules, 3 docenas rosadas, 50 baberos, 10 chalecos, las camisetas, los paltocitos, en fin, todo bordado con su nombre.

CORNELIA.—Yo también tengo mi sorpresa. ¡Adivine!...

MONICA.—La cuna.

CORNELIA.—No. Una libreta en la Caja de Ahorros. Algo considerable y que no pueda girar hasta los veinte años.

MONICA.—Gracias, señora Cornelia. (La besa) ¡Lo mismo para el guagüito de Agar!

CORNELIA.—(Poniéndose el dedo sobre los labios) ¡Chits! A ella le mandaré unas sabanas usadas, para que arregle unos pañales, quedan muy suaves.

MONICA.—Es cierto.

CORNELIA.—También misía Zoila, tan cariativa y tan buena, pasando por las ideas extravagantes de Agar, le va a juntar algunas ropas de los niños de Alberto que ya les han quedado chicas.

MONICA.—No sea que Agar se ponga celosa.

CORNELIA.—¡Yo sé muy bien lo que le cuadra a cada uno!

MONICA.—Gracias, otra vez. (La besa de nuevo).

AGAR.—(Toma al niño de los brazos de su padre) Te agradezco, papá, que hayas acunado a mi niño. Recordado que fuiste un buen hijo, este recuerdo me hace apenarme por haberte hecho sufrir. Piensa sólo que nosotros los mortales, somos juguetes de los designios. Desde el primer día del mundo ya la existencia de este niño estaba trazada.

PATRICIO.—(Emocionado) Ya olvidó, ya olvidaré, déjame reflexionar. Díle al bandido ese de tu marido que le agradezco el niño. Si no fuera porque estamos en esta residencial donde viven tantas gentes de dinero y de abolengos, le convidaría con él a almorzar, pero será después. ¡Ya nos veremos! (Abre la cartera) Toma para carro estos diez pesos. Estoy pobrísimos. Ya sabes, tomé un boquete entero de la lotería y quedé puro como una patena. Si me saco el gordo, ruega, pues, a tus devociones, te daré algunos pesotes para el muchacho.

AGAR.—(Lo mira dolorosamente) Guárdete papá los diez pesos, tengo para el carro y a ti pueden hacerte falta para cigarrillos.

CORNELIA.—Despidete de misía Zoila y dale las gracias, te va a enviar algunas cosas.

AGAR.—(Aparte). Que no haga tal el mamaracho ese de vieja porque César sería capaz de asesinarla.

CORNELIA.—Orgullosa y pobre ¿eh? ¡Qué calamidad! No seas tonta, Agar.

ABEL.—(Va hacia la puerta y llama) Teresa, dígale a la niñera, que venga por el niño de Agar.

AGAR.—No tiene niñera; eso queda para los ricos como tú. Yo cuido de mi hijo y lo cuido con orgullo. Vuestras mujeres no toman en brazos a los hijos de los hombres con dinero pero sí cargan a sus falderrillos.

CORNELIA.—Está embrujada, ¡pobre muchacha! La culpa la tiene la poesía, la bohemia.

AGAR.—¿La culpa? Esa la tiene el terror de existir balanceándose sobre el abismo de la inseguridad y del crimen.

(Afuera se oyen gritos y tumulto).

ABEL.—(Asomándose a la ventana) Ahí van vuestros camaradas... apellotados, revoloteando gritando con el grito de odio de la envidia. Retínete con ellos, ahí te sentirás mejor que entre nosotros.

AGAR.—Sí, con ellos, con ellos que son mis padres, hermanos, amigos, camaradas, con ellos, "con los esclavos sin pan, con los pobres del mundo." ¡Aquí está mi hijo (lo levanta en alto) es todo cuanto poseo, les pertenecerá hasta la victoria.

(Sale ante la expectación de todos).

W.

DE

R.

Las Artes Plásticas...

libre y alegre de vivir, fuerte expresión de la nueva generación Soviética, escultura de una simplicidad de medios digna de los grandes Maestros de todos los tiempos; aquí ya no le quedan a la Lebedieva ningún resto del impresionismo, es ya una coincidencia con el moderno

clásico francés Maillol, con sus formas plenas, llegando a prescindir sabiamente de todo detalle superfluo. Representando solamente lo esencial, según la fórmula de Ingres. Es una gran obra realista, en la que su autor demuestra que se ha asimilado definitivamente el Arte Clásico y también el moderno, llegando a esta síntesis actual que es el Realismo Socialista. En fin, que

esta figura, repetimos, es la representación genuina de la actual muchacha Soviética, nos la figuramos realizada en bronce y colocada al aire libre, en la seguridad de que será de un aspecto magnífico.

No podemos dejar de citar al toro de chapa metálica recortada y doblada, por la importancia teórico-práctica que significa.

Por último, reseñamos que las paredes de la Exposición están llenas de magníficos dibujos, demostrativos del conocimiento de la forma que tiene la artista.

Es una gran escultora Soviética, con cuya obra se puede contar en demostración de la nueva cultura de la Unión Soviética.

En que consiste el problema de la Leche, en cuanto atañe a la CENTRAL DE LECHE CHILE S. A. por Arturo Peralta de la F:

Existe en Chile un problema de la leche, que es en síntesis un consumo por cabeza de este elemento primordial inferior a lo que debiera ser, menos de un tercio del consumo por habitante que tienen para no citar sino a países limítrofes prácticamente, Argentina, Uruguay y Paraguay.

Este problema es a la vez uno de consumo de poder adquisitivo del dinero, del poder de compra del público y sobre todo uno de conocimiento. El público no sabe todavía que el valor real de la leche como alimento protector y básico es superior a su valor en dinero, cuando se le compara con el valor real que tienen a los precios que se pagan por ellos, la mayoría de los alimentos.

La solución de este problema que es de grandes alcances, es de la esfera de la acción gubernamental. No corresponde ni puede corresponder a la Central de Leche, que es tan sólo uno de los organismos en unas pocas de las ciudades de Chile que comercian con este producto.

Pero la Central tiene su problema económico particular que tampoco está en situación de resolver por sí sola, sin la cooperación del Estado, porque las causas que actúan en hacer de la leche un problema en Chile, actúan igualmente en Santiago añadiéndose en este caso, como origen del déficit económico, la divergen-

cia que existe entre la forma como se produce la leche y las modalidades de su consumo.

La producción lechera de la zona de abastecimiento de Santiago, continúa teniendo un carácter extremado de discontinuidad en cantidad. La producción invernal es relativamente pequeña, más o menos el 65 % de la producción estival, y la demanda es a la inversa: mayor en invierno que en verano.

Como lo expresa muy bien el señor Alejandro Tisly al hablar de él, en su artículo de hoy, la producción de las vacas y las necesidades del público, andan con el paso cambiante.

De aquí se origina defecto de leche en el invierno y sobrante de leche en el verano.

En números redondos, se tiene que a una producción de 100 litros durante el verano, corresponde una producción de 65 litros más o menos durante el invierno y a un consumo de 100 en el invierno corresponde un consumo de 80 en el verano.

A causa del menor consumo de leche durante el verano y de la mayor producción en esta época se origina un sobrante de leche, que no se puede consumir en su forma líquida y que hay que industrializar. La Central no puede por falta de maquinaria especial para el objeto, ni hacer leche seca ni leche condensada del so-

brante, en cuyas formas, podría entregar al menos una buena parte de él, al consumo, durante el invierno. Debe por lo tanto industrializar, para poder disponer de ella en forma de manteca o de queso y algunos subproductos de escaso valor, o de relativo valor pero escaso volumen de consumo, como yoghurt, caseína, leche desecada, descremada, helados, etc.

Ahora bien, el precio de estos artículos en el comercio al detalle es mucho menor que el valor de compra de la leche de que proceden y por lo tanto se tienen que industrializar esos sobrantes a pérdida.

Esta pérdida es la que se necesita financiar en alguna forma para permitir que sin elevar el precio de la leche líquida indebidamente quede cubierto el déficit.

Las cifras ilustrativas que pueden aclarar para el público los datos de este problema son las siguientes:

El valor de compra de la leche a partir del 1.º de octubre y hasta el 1.º de abril p.m.o. es de 45,40 pesos el kilo de materia grasa por litro. El valor que resulta para el litro es aproximadamente 1,545 pesos. Ahora bien, todo el público sabe que el kilo de manteca líquida representa al menos 25 litros de leche. El kilo de queso sale de 10 a 12 litros de leche, según la clase. Por consiguiente el precio que se paga por el

kilo de manteca o de queso al productor de leche es:

En el caso de la manteca 25 x \$ 1,545, \$ 38,625 y en el caso del queso 11 x \$ 1,545, \$ 16,995. En ambos casos el precio indicado es por el artículo en forma de leche; por lo tanto es necesario añadirle el costo de su elaboración.

El precio de la venta de estos artículos es variable. Para el caso de la manteca, se ha fijado por el Comisariato en \$ 28,00 el precio de su venta al detalle, lo que representa venderla al por mayor a un precio superior a \$ 24,00 más o menos. El precio del queso es aun más variable que el de la manteca y puede oscilar entre \$ 10 a \$ 18 el kilo al por mayor.

La simple lectura de estas cifras fácilmente comprobables por el público en el comercio, señala el origen de la pérdida.

Esta pérdida referida al litro de leche, que se consume por el público de Santiago y que recibe la Central, representaría para su financiación el elevar el precio de su venta al mismo público en VEINTE centavos, lo que no se ha hecho. Por lo tanto el ingreso de ese déficit a la Caja de la Central debe venir de algún otro origen, o de lo contrario, la pérdida es imposible de eliminar.

"MULTITUD" Y SUS AMIGOS

Calle Ahumada, Martes 14, a la una de la tarde.

Tomás Lago está doblado en cuatro, frente a un puesto de diarios, a la entrada del Pa-

saje Matte, y lee la revista "Multitud". Se le cansa la vista y le dice al puestero, que es ciego: —Véndame un ejemplar de "Multitud".

—Aquí tiene, señor. También me quedan ejemplares atrasados.

—¡Magnífico! Aquí tiene dos pesos. Véndame otro número.

—¡Tanto que me gusta esta revista!

Tomás Lago desaparece por el foro, haciendo elogios mentales de la revista.

Entrevistado el ciego, resultó ser tío de Carlos Poblete, el antologista.

Información de Cagliostro

"MULTITUD"

Director - Gerente: PABLO DE ROKHA
Secretaría de Redacción: WINETT DE ROKHA
Casilla 9837, Santiago de Chile — Teléfono 17, La Cisterna

MI DANKAS LA INTERESANGO — GRADISCO IL CAMBIO — JE PRE L'ECHANGE. — AGRADECO O CAMBIO — I BEG FOR ECHANGE — AUSTAUSCH ERWUENSCHT — AGRADEZCO EL CANJE

Subscripción: \$ 50.00 anuales — Extranjero: 2 Dólares — "MULTITUD" circula en todo el mundo.

